

esta gente iba mas por compromiso que por voluntad, pues el carácter despótico y altanero de Nuño de Guzman, le enajenaba las simpatías de los que servian bajo sus órdenes. Llevaba tambien algunos artilleros con seis piezas de artillería, abundantes municiones y algunos armeros para componer los mosquetes que se estropeasen. Acompañaba en esta expedicion al orgulloso presidente, Pedro Peralmindez Chirinos, de quien se habia hecho íntimo amigo, sin duda porque poseía un corazon no mas humano que el suyo. Nuño de Guzman dispuso llevar en la expedicion al rey de Michoacan Francisco Caltzontzi, á quien habia detenido hasta entonces en Méjico. Iban de capellanes del ejército, el bachiller Bartolomé de Estrada y Alonso Gutierrez, á los cuales se agregaron despues los padres Fray Juan de Padilla y Fray Juan de Vadillo.

Al siguiente dia de haber pasado revista á las tropas, Nuño de Guzman salió de la capital al frente de su ejército con direccion al interior.

CAPÍTULO XIV

Continúan los oidores en su conducta arbitraria.—Sacan del asilo sagrado á dos individuos tonsurados que se habian refugiado en San Francisco y les conducen á la cárcel.—Los reclama el obispo y no es atendido.—Delgadillo acomete armado á la comunidad que iba á reclamar los presos.—Zumárraga excomulga á los dos oidores.—Mandan éstos ahorcar á uno de los individuos tonsurados.—Actos de crueldad de Nuño de Guzman con el rey Caltzontzi.—Sentencia á muerte á éste.—Conquistas de Nuño de Guzman.—Funda á Guadalajara y otras poblaciones.

1530 y 1531

Aunque la salida del presidente Nuño de Guzman dejó á la capital con un tirano menos, no por esto dejaron de sufrir menos los españoles honrados con los dos que quedaron en el poder. Matienzo y Delgadillo continuaron extorsionando á los adictos á Cortés y obrando en opuesto

sentido á las instrucciones del monarca. Por la mas ligera palabra censurando sus actos arbitrarios, era castigado el que la pronunciaba, con la prision ó con el destierro.

1530. Los choques con el clero eran cada dia mas
3 de Marzo. pronunciados y frecuentes. Dos individuos tonsurados, llamado uno Cristóbal de Angulo y el otro García de Llerena, llevados del celo de caridad que distinguia á los que abrazaban el estado de la Iglesia, pronunciaron algunas palabras en que censuraban la conducta de los gobernantes. Perseguidos por la Audiencia, se refugiaron en San Francisco; pero fueron sacados de allí por fuerza armada que llevaron los oidores Delgadillo y Matienzo, y conducidos á la cárcel, despreciando las amonestaciones del obispo que reclamaba el respeto al sagrado asilo. El respetable prelado, para alcanzar de la autoridad, de una manera pacífica, el respeto á los derechos concedidos á la Iglesia, dispuso que la comunidad de San Francisco se dirigiese en cuerpo á reclamar la vuelta de los presos al sitio de donde habian sido sacados, amenazando á los dos oidores con excomunion, en caso de negarse á obsequiar lo solicitado. Al saber Delgadillo que la comunidad habia salido del convento y marchaba hácia la cárcel á reclamar los presos, salió al encuentro de ella, á caballo, y amenazándola con lanza en ristre, acometerla si avanzaba un paso mas, la hizo retroceder al monasterio. Roto ya todo respeto hácia la autoridad eclesiástica, los oidores, sin detenerse en su marcha de injusticias y de arbitrariedad, sentenciaron á muerte á uno de los presos. El desgraciado Cristóbal de Angulo, que fué contra quien cayó el rigor de los gobernantes, fué puesto en capilla, y tres

dias despues fué ahorcado como un criminal. El obispo Zumárraga fulminó entonces excomunion sobre Matienzo y Delgadillo, y puso la ciudad en entredicho.

Mientras los oidores Matienzo y Delgadillo despleaban una fuerza de arbitrariedad irritante, Nuño de Guzman añadió al catálogo de sus crueldades otras nuevas con que se cubrió de oprobio, imprimiendo con ellas una mancha indeleble en su memoria. Por mucho que repugne á mi carácter trazar los rasgos que presentan en toda su deformidad á los hombres que han oprimido á sus semejantes, haciendo ostentacion de su desprecio á las leyes, la mision de historiador me impone el imprescindible deber de retratarlos con sus exactos colores. Como es una falta desfigurar los hechos de los personajes que han conquistado un nombre glorioso, sin complacerse en el mal, así seria disimular las acciones bastardas cometidas por los que, con intencion dañada, sin motivo racional ninguno, han hecho verter amargo llanto á la humanidad. Sirvan los elogios consagrados á los buenos, de saludable estímulo á los hombres que vengan figurando en las elevadas regiones del poder: sea la reprobacion de los actos cometidos por los malos, un medio eficaz para que no sigan sus fatales huellas los que estén llamados á ejercer el mando, temiendo que se presente á la posteridad un repugnante retrato de ellos.

Nuño de Guzman, como queda dicho, salió de Méjico á fines del año 1529, al frente de un ejército de quinientos españoles y veinte mil aliados mejicanos y tlaxcaltecas. Halagado par las noticias que tenia de que en el interior de aquellos vastos territorios habia provincias mucho

mas ricas que las agregadas por Cortés á la corona de Castilla, se dirigió hácia la provincia de Jilotepec, arimándose á la provincia de Michoacan, y rio que va de Toluca. Hallado el vado de éste junto al pueblo de Conguripo, que denominó de Nuestra Señora, siguió su camino hácia Michoacan, que era el paso para marchar á los estados que deseaba descubrir. El rey Caltzontzi, que iba en su compañía, fué recibido con júbilo por los michoacanos, que anhelaban la vuelta de su señor, y le dió seis mil indios de carga y un regalo de diez mil marcos de plata, así como una cantidad no corta de oro de baja ley.

Los habitantes de Michoacan se habian manifestado siempre adictos á los españoles, y su rey Caltzontzi, deseando la amistad de Cortés, se presentó espontáneamente, con toda la nobleza, á reconocer por soberano al monarca de Castilla, poniendo á su disposicion sus estados. Las consideraciones con que Hernan Cortés le distinguió siempre, aumentaron su cariño hácia los hombres blancos, y fué el primero de los michoacanos que entró en el gremio católico, recibiendo en el bautismo el nombre de Francisco. Cautivado de la sana moral de la doctrina del Crucificado, llevó, como queda ya referido, misioneros franciscanos á su provincia, y pronto los nobles y los plebeyos, siguiendo el ejemplo de su señor, dejaron la idolatría por el cristianismo. El rey Francisco Caltzontzi, no habia recibido, por lo mismo, mas que muestras de aprecio de Cortés y de los españoles; pero con la persecucion establecida contra el conquistador de Méjico por la Audiencia y su presidente Nuño de Guzman, la suerte de Calt-

zontzi cambió de una manera lamentable. Se habia presentado, como todos los caciques, cuando los nuevos gobernantes indicaron que tenian que comunicarles instrucciones. Caltzontzi llevó un regalo de consideracion que despertó la codicia de Nuño de Guzman, quien retuvo al rey de Michoacan en su casa con varios pretextos, pero sin otro objeto que el de exigirle nuevos donativos de plata y oro, que guardaba sin dar parte de ello á sus compañeros. El nuevo presente que al llegar á la provincia le hizo el bondadoso Caltzontzi, aumentó su insaciable codicia; y sediento de ricos metales, instó por mas oro y plata. El rey michoacano logró reunir, con no poca dificultad, otra cantidad de oro y plata que, con la mejor voluntad, entregó á Nuño de Guzman. El ambicioso presidente, lejos de mostrarse agradecido, reconvino duramente á Caltzontzi, diciéndole que era muy poco lo que le daba. La contestacion del rey de Michoacan fué manifestarle que, si no le presentaba mayores tesoros, no era por falta de voluntad, sino porque anteriormente habia enviado otros presentes á Cortés para manifestar al soberano su adhesion y respeto. Caltzontzi concluyó diciendo que la provincia era rica en cobre, y que si en vez de oro, queria de aquel metal, le daria cuanto le pidiese. Nuño de Guzman, irritado, le reprendió llamándole mal gobernante de la provincia, y aun tratándole de traidor. El noble soberano indio se amotinó al verse injuriado, y Nuño de Guzman mandó prenderle, acusándole de que intentaba alzarse y matar á los castellanos. A este injusto cargo, agregó otros, á fin de justificar su prision. Dijo que, no obstante haber abrazado el cristianismo, habia

sacrificado en su corte á varios españoles y á muchos indios; que en las fiestas religiosas hechas á los ídolos y en los bailes verificados delante de sus falsos dioses, se cubria de la piel de los cristianos sacrificados; le atribuia actos de sodomía, y le acusaba, por último, de haber matado á sus hermanos para asegurarse en el trono.

El pueblo en que se verificó la escena de la prision de Caltzontzi fué Huitzitzila. Nuño de Guzman mandó que le encerrasen en una pieza muy oscura, donde varias veces le sujetó al tormento, exigiendo que le dijese el sitio en que tenia sus tesoros. Los nobles del reino que sabian la opresion en que vivia su señor, reunieron la plata y oro que les fué posible, y la enviaron á Nuño de Guzman, á fin de que contuviese su rigor. El ambicioso presidente juzgó que habia encontrado el medio de hacer inagotable el filon de los regalos, y despues de haber permanecido quince dias en Huitzitzila, atormentando á su víctima, se dirigió á una corta poblacion situada á la orilla de un rio, distante dos leguas de Puruándiro, llevando preso á Caltzontzi. Despues de haber asentado allí su real, Nuño de Guzman encerró al desventurado rey indio en la pieza más oscura de una casa retirada, que hizo guardar con numerosos centinelas, y continuó su sistema de aplicarle tormento para que declarase el lugar en que ocultaba sus riquezas. Viendo que nada alcanzaba ya, porque, con efecto, le habia dado todo lo que poseia, le sentenció á ser quemado vivo. En vano los sacerdotes habian intercedido, de continuo, por el desventurado Caltzontzi; Nuño de Guzman se complacia en los actos de crueldad, y todo fué inútil. La desventurada víctima fué atada á un madero, y

expiró en medio de las llamas de la hoguera que se encendió á su derredor (1). El inhumano presidente privó de la vida á quien en nada le habia ofendido, para que no pudiera quejarse de los terribles atropellos contra él cometidos, solo por la vil codicia del oro.

Los españoles que desde el principio se habian alistado con repugnancia bajo las órdenes de Nuño de Guzman, manifestaron en sus semblantes y en su reserva el disgusto que les habia causado la conducta observada con Caltzontzi. La seriedad del ejército y los murmullos de desaprobacion contra la ejecucion del rey michoacano, causaron algun temor al cruel gobernante; y queriendo sincerar su conducta, reunió á los principales oficiales y soldados antes de continuar la marcha. «Segun he llegado á comprender, les dijo, parece que habeis sentido, señores, la muerte de Caltzontzi, y no hay razon para sentirla. La ejecucion se ha efectuado porque encontré justicia para ordenarla: no hay, pues, motivo para que nadie tenga pena por lo hecho: yo solo soy el que ha de dar cuenta á Dios y al rey de ese acto: siendo esto así, dejad los cuidados y las alteraciones, cuando únicamente sobre mí pesa la responsabilidad.» En seguida dió las ordenes de marcha para continuar el avance, juzgando que con

(1) Bernal Diaz del Castillo y algunos escritores dicen que murió ahorcado; pero sufren un error, pues consta que murió de la manera que refiero, por los documentos de la residencia que se mandó actuar por orden de la reina, por real provision de los oidores de la segunda Audiencia, y por las declaraciones de un testigo principal que era intérprete de Nuño de Guzman. No es de extrañar que Bernal Diaz se equivocase en esto, pues no formó parte de la expedicion.

lo expuesto se habia sincerado suficientemente. Sin embargo, por mas que tratase de justificar la pena impuesta á Caltzontzi, presentándole como en disposicion de sublevarse, no por esto dejaba de alcanzar la reprobacion general. Podria, como jefe del ejército y presidente de la Audiencia, hacerse obedecer; pero no amar.

La indignacion que causó en España la noticia de la crueldad desplegada por Nuño de Guzman en su desgraciada víctima, y las disposiciones que se dictaron para castigarle, arguyen en contra de los que han creido que sus actos de crueldad imprimian una mancha en los españoles. El malvado no se detiene á examinar si es compatriota ó extranjero á quien se dispone hacer el mal para sacar las ventajas que desea. Para él, su víctima es la persona que posee los bienes de que piensa apoderarse: no tiene nacionalidad, ni ve la del individuo á quien sacrifica: son sus amigos los que se asocian á él para cometer el crimen, aunque hayan nacido en diversos países, sin que le inspire compasion el individuo á quien acomete, aunque haya nacido en una misma ciudad, en una misma calle, en una misma casa. Nuño de Guzman habia ahorcado y dado tormento, en Pánuco, á varios de sus compatriotas, como dió despues en Michoacan á Caltzontzi, sin mas objeto que el de apoderarse de la riqueza que tenian. No hizo, pues, el mal al rey de Michoacan porque era indio, sino porque juzgó que atormentándole alcanzaria los tesoros de que le suponía dueño. No era un sistema de hacer daño á determinada raza. Los españoles sufrían lo mismo que los naturales: unos y otros eran víctimas de aquellos tres tiranos, y esperaban el remedio con igual

impaciencia. No es razonable, por lo mismo, tratar de hacer recaer el odio sobre la nacion del gobernante, ni sobre sus compatriotas. Esto seria tan injusto, como que todos los habitantes de una provincia guardasen una implacable saña contra los de aquella en que habia nacido algun gobernador que les hubiese ultrajado y ofendido. Las infamias cometidas por un individuo de la sociedad, no pueden imprimir mancha sobre ésta: las crueldades de Guzman, que se cubrió de ignominia sacrificando á su codicia al desventurado Caltzontzi, no empañarán jamás la gloria del héroe de Tarifa, del ilustre patricio Guzman el Bueno, ni de otros distinguidos varones en armas y letras que han llevado ese apellido. Así lo comprendieron la nobleza michoacana y el mismo hijo de Caltzontzi, que siempre se habian visto honrados y distinguidos por Cortés y sus oficiales. Aborrecian á Nuño de Guzman; pero siguieron siendo amigos de los españoles, que, como ellos, sufrían las injusticias y arbitrariedades del tirano presidente. El hijo de Caltzontzi, que al hacerse cristiano tomó el nombre de Antonio, era un jóven de relevantes prendas. Cuando fueron destituidos del poder Nuño de Guzman y sus compañeros, se vió justamente estimado de los españoles: vestía siempre traje español, montaba á caballo, y cultivó constantemente la amistad de los hombres blancos: un hijo que tuvo, llamado Pablo, casó con una hermosa jóven española, y no fué menos estimado que su padre por los españoles. El rey señaló al nieto del desventurado Caltzontzi, una renta decente de la caja real, para que viviese con el rango que le correspondia.

Despues de la sentencia ejecutada en el señor de Mi-

choacan, Nuño de Guzman movió su campo hácia el territorio de los chichimecas que anhelaba conquistar. Informado de los caciques de Jacona y de los contornos, que eran prácticos en la tierra, del rumbo que debia seguir, emprendió su marcha; y tomando luego á la izquierda del Rio Grande, atravesó por Numarán, Piedad, Pénjamo, Ayo grande y chico, y Guascato. Los pocos habitantes de estos pueblecillos vivian esparcidos por el inmenso territorio, donde se mantenian de la caza y del escaso maíz que sembraban. El ejército expedicionario fué bien recibido; pero no viendo Nuño de Guzman en aquellas aldeas de ninguna importancia, nada que llamase su atencion, siguió adelante por el valle de Cuina, conocido antiguamente con el nombre de Totollán, y en que hoy se ven varias haciendas que han cambiado de denominacion. El valle de Cuina lo forma todo el espacio de terreno que se encuentra desde los confines de la provincia de Jacona y Villa de Zamora, la Barca y Atotonilco hasta Cuiseo y su rio. El cacique de Cuina acogió benévolamente á los españoles; y como sus habitantes estaban siempre en enemistad con los de Jacona, el ejército se detuvo algunos dias allí, perfectamente abastecido de víveres por los indios. Nuño de Guzman envió un mensajero á un pueblo que se hallaba situado á orillas del rio de Cuiseo, poniendo en conocimiento del cacique de aquella poblacion y distrito, su marcha hácia su señorío, suplicándole que le esperase, y asegurándole que ningun daño recibiria (1). La respuesta del cacique no satisfizo á Nuño

(1) Este Cuiseo es distinto del Cuiseo de la Laguna que está cerca de la laguna de Chapala.

de Guzman: le decia en ella que marchase, si gustaba, que, por su parte, estaba dispuesto á recibirle bien; pero que no se atrevia á contradecir la determinacion que habian tomado sus vasallos de oponerse á su paso, temiendo que le matasen; que si se atrevia á pasar el rio y llegaba con su gente, alcanzaria de él buena acogida y que víveres no le faltarian.

Esta respuesta ambigua en que se descubria una buena dosis de osadía, sorprendió al general. Resuelto á seguir su marcha, se dirigió hácia el valle y pueblo de Tzula, y entrando por las poblaciones de Cuiseo, que se hallan pegadas al valle de Cuina, llegó el ejército á Cula la vieja, pueblo de dos mil indios que encontraron enteramente desierto. Los escuadrones auxiliares de mejicanos y tlaxcaltecas, se derramaron, como tenian de costumbre, por todas las aldeas, talando las sementeras, robando lo que encontraban en las casas y destruyéndolo todo. El odio que se profesaban unas á otras las diversas naciones indias en que habia estado dividido el país, se dejaba ver en el placer con que las tropas indígenas se entregaban al pillaje y al incendio de los pueblos por donde pasaban (1).

Dada la orden de continuar la marcha, las tropas auxiliares dejaron sus escenas de devastacion, y el ejército se dirigió por un pintoresco cerro que domina el pueblo de

(1) «Los indios amigos del ejército de Guzman se esparcieron, conforme tenian de costumbre, para robar los pueblos de cúes, y sin misericordia talar y abrasar la tierra.»—Fray Pablo de la Purísima Concepcion. Beaumont, *Crónica de Michoacan*.

Cuitzeo. La vista de los expedicionarios quedó maravillosamente sorprendida ante el bello espectáculo que de repente presentó á sus ojos la rica naturaleza. Un inmenso lago, orillado de numerosas poblaciones, sombreadas por el espeso ramaje de gigantescos árboles, se descubria á lo lejos, brillando sus blandas ondas con los fulgentes rayos de un sol en todo su esplendor. Era la grandiosa laguna de Chapala; la mayor, la mas hermosa, la mas admirable de todas las de América. Su longitud, desde la orilla de Jocotepec hasta las haciendas llamadas Moreñas, es de treinta leguas, ostentando en sus fértiles orillas dos cordilleras de pintorescas aldeas, cubiertas de verdura, de árboles y flores que realizan los fantásticos jardines de las hadas, orlando las misteriosas márgenes de un lago encantado. Su anchura es de ocho leguas; y por en medio de ella se ve pasar, como sierpe de plata, el gran rio de Lerma, sin que sus aguas se lleguen á confundir jamás con las de la laguna. La inmensa extension de este mar chapálico de dulces y potables aguas, sobre cuya tersa superficie pudieran navegar los buques de mayor porte, se veia cubierta, en los instantes en que el ejército de Nuño de Guzman admiraba el sorprendente paisaje, de millares de canoas que cruzaban en todas direcciones. Por largo rato se detuvo la tropa á contemplar desde la eminencia de la montaña, el magnífico panorama que realizaba uno de esos cuentos fantásticos que se juzgan inverosímiles por su belleza. Multitud de pintorescas poblaciones de blancas casas y de rústicas chozas, sobre las cuales descollaban las plateadas torres de los *teocallis*, se veian reclinadas á las márgenes del rio y del lago,

como mitológicas nereidas, recreándose en las ondas. El ejército, despues de haber permanecido por largo rato admirando las bellezas de la rica naturaleza, empezó su marcha de descenso hácia la llanura, donde crecia en abundancia el maíz, rindiendo al cultivador el quinientos por uno.

La tropa caminaba contenta por un país que le brindaba abundantes víveres, y que á lo pintoresco de sus valles y montañas, reunia un clima grato y benigno. De repente, al aproximarse hácia el sitio en que se juntan el rio grande y el de Cuina, descubrió el ejército una fuerza de tres mil guerreros indios, dispuestos á disputar á los españoles la entrada á Ocotlan. Nuño de Guzman mandó disparar sobre ellos algunos cañonazos; y amedrentados con el estrago de la artillería, huyeron precipitadamente. Los expedicionarios entraron en Ocotlan sin que encontrasen en la poblacion alma alguna. Todos los habitantes se hallaban en la laguna y el rio, disponiendo sus canoas para impedir el paso á los hombres blancos. Nuño de Guzman se presentó bien pronto con su gente en la orilla opuesta. Los indios arrojaron una lluvia de flechas sobre los expedicionarios, que, careciendo de embarcaciones, se habian detenido. El general español mandó á los mejicanos y tlaxcaltecas que hiciesen á toda prisa balsas de junco y cañas para pasar el ejército. La orden quedó cumplida con extraordinaria prontitud, y poco despues empezó á entrar la gente en las balsas para verificar el paso. Al ver los indios las disposiciones de los españoles, acudieron en millares de canoas á oponerse á su empeño, lanzando gritos espantosos y arrojando un diluvio